

13-IV-89

Tlaxcoaque, Donde son Derrotadas las Reformas

Falta una Política Policiaca

- ★ Cobra Impuestos el Gobierno, mas no da Seguridad
- ★ Imperan las Reglas del Coloniaje y la Explotación
- ★ Democracia y Supuesta Igualdad, Sólo Epidérmicas

LORENZO MEYER

Según la geografía normal, Waterloo —el sitio en donde Napoleón fue derrotado definitivamente en 1815 por las fuerzas del duque de Wellington— se halla muy cerca de Bruselas. Sin embargo, en la geografía de la actual política mexicana, quizá Waterloo se encuentre en una zona céntrica de la ciudad de México, en la Plaza de Tlaxcoaque, en sus sótanos para ser más precisos. Se trata de un Waterloo que reaparece de sexenio en sexenio y donde quedan derrotados los sueños presidenciales de reformar la estructura policiaca de México. Hoy en Tlaxcoaque, y en sus equivalentes en toda la República, el pasado le ha vuelto a ganar al futuro, para desgracia del bien público.

El no poder tener una política policiaca digna de tal nombre tiene un gran significado. Si la actual élite gobernante llevara a cabo su proyecto neoliberal hasta sus últimas consecuencias, entonces muchas de las áreas que ahora maneja directamente el Estado habrían de quedar en manos de la empresa privada nacional o extranjera. Se supone que esa rendición de la plaza que están haciendo ya los administradores públicos a favor de los privados, se debe a que estos últimos

no sólo tienen los recursos que les faltan a los primeros para seguir en el negocio, sino también porque los privados son menos eficientes que la no muy brillante clase de administradores públicos con que nos dotó la postrevolución.

Sea como fuere, se puede reprivatizar Teléfonos, vender las aerolíneas oficiales, dar la construcción de carreteras a la empresa privada, alentar a la Iglesia para que aumente su participación en la educación a todos los niveles. Se puede, incluso, pensar en pasar a manos privadas la responsabilidad de administrar los hospitales hoy públicos, los ferrocarriles, la generación de energía, la extracción y refinación de petróleo, etcétera, etcétera. Pero ni en el esquema más radical de neoliberalismo, se puede pensar que el gobierno abdique su obligación y responsabilidad de administrar la justicia y proveer de seguridad de la vida y propiedades de los ciudadanos mediante la existencia de un cuerpo de policía.

En la actualidad, las clases afortunadas pueden cerrar calles, construir garitones y pagar los servicios de una policía dedicada exclusivamente a proteger sus llamativas mansiones —como hoy se hace en los barrios elegantes del Distrito Federal— pero ni eso las salva de asaltos fuera de sus ciudadelas, ni de extorsiones de los supuestos guardianes del orden. Obviamente, para los grupos mayoritarios, incapaces de contar con sus propias "guardias blancas" e influencias, la situación es mucho peor.

En conclusión, hasta dentro de las reglas propias de la visión y la práctica políticas neoliberales que hoy imperan en México y en muchos otros puntos del orbe, es válido decir que un gobierno que cobra impuestos —y vaya que el nuestro cobra!— pero que no es capaz de asegurar, ya no digamos el bienestar material de sus ciudadanos, sino su simple seguridad física al transitar por las calles, es un gobierno que no cumple con su cometido.

Se suponía, según las promesas de la campaña presidencial pasada, que una de las tareas centrales del candidato oficial, una vez que llegara al gobierno, sería la de restituir la seguridad perdida en las

grandes zonas urbanas, en especial en la ciudad de México. Bueno, pues por las experiencias personales de un buen número de habitantes de nuestra capital —experiencias directas y las provenientes del círculo familiar y de amigos— y por los reportes de la prensa, la inseguridad sigue campeando hoy igual que ante el 10. de diciembre de 1938.

Una cita de David Bayley hecha por Paul J. Vanderwood —un estudioso estadounidense de la historia del bandidaje y la policía en México— nos dice que del estudio de cuatro policías europeos se desprende que "La figura y el estilo de cada una (de las policías) es determinada, principalmente, por la herencia política y cultural y por el medio contemporáneo en que surge." Si lo anterior es estrictamente cierto entonces ya podemos abandonar por ahora toda esperanza de contar con una policía mejor de la que tenemos.

La herencia política dominante en México es básica y fundamentalmente autoritaria. La cultura cívica actual está muy determinada por ese autoritarismo y por una estructura secular de desigualdad social aguda. Se trata, en fin, de una herencia donde el respeto a la norma jurídica depende de que esa norma no se contraponga a las reglas reales imperantes. Estas reglas son de origen premoderno pero de un gran vigor, de un estilo propio de una sociedad colonizada y brutalmente explotada, donde la modernización política —la democracia y la supuesta igualdad ante la ley— nunca ha ido más allá de lo epidérmico, y donde pasados los momentos revolucionarios, las élites gobernantes nunca han considerado realmente como sus iguales a los componentes de aquellas masas sobre las que gobiernan y ejercen su poder. El trato de la policía hacia el público no hace más que reflejar de una manera más simple y descarnada la actitud de la élite política autoritaria.

El problema del mantenimiento del orden y el respeto a la ley se presentó en México desde el principio de su formación nacional —esa necesidad de orden es el origen de la Santa Hermandad del siglo XVI y de "La Acordada" al principiar el siglo

XVIII—, pero el problema se agudizó notablemente en el siglo XIX, como secuela de las guerras civiles. A mediados del siglo pasado el bandidaje y la falta de seguridad eran un hecho desagradable pero rutinario. El retorno, poco a poco, de la estabilidad bajo el gobierno de Juárez y su aflanzamiento durante la dictadura liberal de Porfirio Díaz, permitiendo el primer esfuerzo serio por dotar al México independiente de un cuerpo de policía profesional y, sobre todo, eficaz: la Policía Rural de la Federación.

Los rurales de la federación, dependientes de la Secretaría de Gobernación, nunca llegaron a tres mil efectivos, pero eso no les impidió tener una presencia verdaderamente nacional. Viajeros extranjeros que recorrieron México en su compañía durante los años dorados del porfirismo, como la señora Tweedie, una escritora inglesa, los describieron como unos verdaderos caballeros, buenos jinetes, eficientes en el desempeño de su misión, temidos y respetados por la población. El profesor Vanderwood coincide en lo del miedo y respeto populares, pero no en lo referente a la caballerosidad y eficiencia: la indisciplina, el gusto por el alcohol durante el servicio, el cobro de los sueldos por parte de los jefes de personal que no existía, dificultades en el reclutamiento, las deserciones, etcétera, eran también parte de la realidad cotidiana de la fuerza de rurales. Los rurales fueron más mito que realidad, pero pese a ello, concluye Vanderwood, "fueron algo extraordinarios en su tiempo".

Para bien o para mal la Revolución acabó en 1914 con este primer intento semixitoso —o semifallido— de crear una policía realmente profesional en México. A la larga los gobiernos de la Revolución podrían en relativa paz al México rural y al urbano que iba naciendo, pero nunca se preocuparon realmente por recrear una policía profesional.

Si la imagen popular sobre la eficiencia de los

rurales es más mítica que real, la policía posrevolucionaria no logró ni eso. Su imagen popular es la de un cuerpo ineficiente y corrupto de arriba abajo, sobre todo arriba. El jefe de la policía capitalina, du-

rante el gobierno del "boom" petrolero, Arturo Durazo Moreno simplemente llevó a sus límites o extremos una conducta y una imagen con la que el público asocia a todas las policías.

Lo sorprendente del arresto, el domingo pasado, de tres comandantes de la Policía Federal de Caminos, así como de los jefes de las policías judicial de Sinaloa y municipal de Culiacán, y que tuvo lugar como parte del operativo contra el narcotraficante Miguel Angel Félix Gallardo, no es que se acuse a ciertos policías de corruptos, sino que se les castigue por ello. Se sospecha que si esta vez cayeron algunos jefes policiacos involucrados en el narcotráfico, se debió no a su corrupción, sino a que su participación en el comercio ilegal de drogas se había transformado en un problema serio para la relación México-Estados Unidos.

Una última consideración: enfrentados al problema de un bandolerismo agudo, los gobiernos de Juárez y de Díaz se inclinaron por el pragmatismo y enrolaron en su fuerza policiaca a antiguos jefes de salteadores de caminos. A veces esos salteadores se transformaron en guardianes del orden más o menos aceptables, pero otras siguieron siendo tan ladrones como antes y, en vez de resolver el problema, lo agudizaron. Hoy, el grupo de modernizadores que tiene la responsabilidad política a su más alto nivel, decidió que lo apremiante del problema de la seguridad en la capital del país requería soluciones urgentes y se decidieron por la receta antigua. En razón de la eficiencia, el nuevo gobierno capitalino dio al señor Miguel Nazar Haro un puesto de alta responsabilidad policiaca, teniendo plena conciencia de que había un proceso en contra de aquél en un tribunal de EU. Al final de cuentas el experimento resultó fallido; Tlaxco a que volvió a ser el símbolo de la corrupción y arbitrariedad policiaca... y los estadounidenses se irritaron por ver a un acusado en sus tribunales al frente de una corporación policiaca.

tentar desmentir la tesis de Bayley según la cual es indispensable cambiar la tradición cultural y política global antes de poder contar con una buena policía. Hay que hacer las dos cosas al mismo tiempo y no dejar que una dependa de la otra. En este asunto a muchos mexicanos les va la tranquilidad y a algunos, incluso la vida. Si la presión internacional logró que la Procuraduría diera con Félix Gallardo y depurara parcialmente unos cuerpos policiacos, la sociedad mexicana debe encontrar formas de presión equivalentes que lleven a las autoridades a extender la política anti-narcóticos a todas las áreas de la delincuencia y a profesionalizar a la policía. Hay que intentar que si el mal del cual Tlaxcoaque es un síndrome continuo, entonces ese sitio se transforme en un verdadero Waterloo político para quienes son los responsables de nuestras múltiples policías.

En fin, es necesario in-